REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | *Medellín, 24 de Diciembre de 1904.* | *N.° 7?*

NOEL

A pesar del secreto que se guardaba en mi casa para los preparativos de la Noche-buena y del Arbol de Navidad, los niños se impusieron de todo. Y una vez los encontré reunidos, sentados al rededor de María—la mayor—que les explicaba con lujo de fantasía y de invención maravillosa cómo vendría el Niño Dios en persona al árbol esa noche y cómo iría prendiendo de las ramas el regalo para cada uno. "Para Juan un caballito que anda solo, para Emilia una muñeca que dice *papá* y voltea los ojitos, para .... Pero, eso sí, para los que sean formales ....; el Niño Dios no quiere á los muchachos necios."

Y los niños se quedaban absortos, pensativos ante la brillante exposición de la llegada del Niño, que venía "con zapaticos de oro, echando luz." Se notaba en sus semblantes que—quizá por la primera vez en su vida—hacían un esfuerzo de imaginación para comprender todas esas cosas tan llenas de misterio y tan bonitas.

—

Cuando llegó la Noche-buena ya estábamos en Sevilla, un campo de nuestro espléndido valle, donde paso los diciembres. Con la alegría de nuestras almas todo nos parecía más bello ese día, el cielo más azul, más dulce la vida, más bulliciosas las aguas, más sonriente el paisaje que se domina al frente, la cordillera azul que baja suavemente al valle, poblada de casitas que blanquean entre los árboles.

De pronto oí gritos de júbilo en la arboleda. Y un chiquitín, que principia á hablar, vino de prisa á llamarme. Me cogió de una mano, y me llevó diciéndome mil cosas que yo no entendía. Encontré todos los niños al pie de un árbol. Era que el mayordomo del campo había puesto una trampa y acababa de caer en ella un turpial.

Cogí el pájaro, y todos los niños querían tocar sus plumas suaves, tenerlo entre sus manos. María le dió un beso. Al fin se sentaron á mi rededor, y les dije:

—Este turpial tiene un nido, y en él unos pichoncitos que lo están aguardando.

—Pobrecitos!—interrumpió Emilia—suéltelo, papá, suéltelo.

—No, papá, no lo suelte—dijo Juan—que usted me va á comprar una jaulita para echarlo.

—Entonces—les repliqué—se mueren los pichoncitos de hambre y de frío ....

Los niños se quedaron pensativos, tratando de resolver ese primer

problema que la Vida imponía á sus almas: ó dejar morir los pichones, ó privarse de ese pájaro tan lindo, amarillo como el oro, que llenaría la casa con las notas de su canto armonioso.

— Además — añadí — esta noche es Noche-buena, y la Noche-buena también es para los pájaros. Este turpial anda buscando qué colgar de las ramas del árbol para sus hijos, porque el Niño Dios también va al nido, con sus zapaticos de oro, echando luz .... Y si los pichones le cuentan que ustedes tienen al papá entre una jaula, se enoja, y no les trae nada, porque Él no quiere á los muchachos malos que matan los pájaros. .

— Suéltelo, papá — dijeron todos en coro.

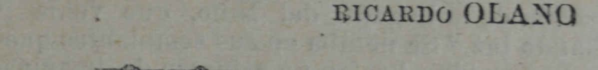
El turpial se había quedado quieto entre mis manos; y cuando las abrí se lanzó al aire, como un dardo de oro. Se fué por el abierto horizonte azul, hásta que lo perdimos de vista.

— ¿No es cierto, papá — me dijo con su acento encantador una chiquita — que va á contarle al Niño Dios que nosotros lo largámos?

....

Y se lo contó, en efecto, porque el Niño Dios vino esa noche "con sus zapaticos de oro, echando luz" y colgó del árbol cajitas primorosas de confites y de frutas y lindísimos juguetes para los niños.

RICARDO OLANO



NOCHE-GÜENA

AL SR. D. PEDRO DIAZ CASSOU.

I

Malhaya el tiempo malo,
malhaya la probeza,
¡ malhaya el que este mundo se gobierne
de tan mala manera !

....

II

Blancos de nieve están, como palomas,
los artos de la sierra ;
de plata enguarnecías
páece que están las ceñas,
ande los chorros d'agua
hechos encajes al helarse qüean ;
de vidro son las juentes ....
de vidro son las ciecas ....
paraliza el helor los correntales ....
¡ las aguas páece que se paran muertas ! ....

¡ Da temor tanto frío !
¡ Probe d'aquel que sin calor se vea

y halle nievo en el cielo
y halle guielo en la tierra !

. . . .

III

Con la mar de trebajos
hizo Juan su casón en la laëra ;
un abujero en onde
meterse tan siquiera ;
un resguardo pa'l frío,
porque á más no arcanzaba su probeza ;
un rincón pa vivir . . . . ó pa morirse,
¡ que el hundirse un casón no es cosa nueva ! . . . .

Pos allí tiés á Juan acobardäo ;
que no hay ná que los probes tanto teman
como estos días tristes
en que tóico s'asuela ;
¡ como estos días en que grana el hambre
y arrecoge la muerte su cosecha ! . . . .

Allí está el probe Juan, que es de lo poco
güeno que ya se encuentra,
y su probe mujer, que es una santa,
y con ellos sus nenas ;
dos angelicos de esos
que Dios al mundo pa penar los echa.

Allí los tiés á tós en la cocina ;
allí los tiés . . . . ¡ pero sin chispa e leña !
Del humo, d'otras veces,
allí se ve la señalica negra
y se ve el hogaril y el puñaïco
de ceniza que quea . . . .
¡ tó aquello que, sin rastro de rescordo,
más páece que cocina, una nevera !

¡ Allí los tiés ! . . . . los cuatro
que acurrucäos y arrecíos tiemblan . . . .
¡ helándoles el frío ista los güesos
y helándoles el alma la tristeza! . . . .

Y pué que más que el arcabol de un horno
aquel casón de calentico sea ;
pero yo t'aseguro
que, drento de él, el corazón se guiela,
¡ y que se siente allí mucho más frío
que en los mesmicos artos de la sierra ! . . . .

. . . .
. . . .

IV

Suelen icir que el hambre
hace salir al lobo de su cueva;
yo pienso que hace más .... ¡pienso que iguala
los probes cordericos con las fieras!....
....
....

Por el casón de Juan, junto por junto
á la mesmica puerta,
han hecho una sendica
que va al pueblo derecha,
y tós los del partío
la toman por verëa,
igual si van pa'l horno
que si van pa la iglesia.
Asina tiés que, en siendo
como hoy que es Noche-güena,
mil almas pué que pasen
por la sendica aquella,
por el casón de Juan .... ¡junto por junto
á la mesmica puerta!
Y pasan las mujeres
con sus tablas de pan a la caëza ....
con aquel pan de trigo
que granicos d'anís por drento lleva ....
con las tortas de Pascua
que transcienden de güenas ....

Y pasan los que güelven del mercäo
charla que charla .... cá uno con con su tela ....
tós pensando en comer y en divertirse,
¡tós con cara contenta!
Y drento del casón se va colando
tó aquel rum rum de gente satisfecha
y aquel olor de pan .... ¡ese olorcico
con que el hambre se espierta!....
....

—"¿No hace tortas la madre?"—
l'ice al probe de Juan una e sus nenas ....
Y Juan .... ni responderle ....
ni mirarla siquiera ....
¿Pa qué mirarla el probe
si no podía verla,
si siente que sus ojos,
llenándose de lágrimas, se ciegan?
¿Cómo ha de responderle
si s'ahöga de pena?
Y la otra criatura,

que está arrimá á la puerta,
poniendo esos ojazos tan espiertos
que pone la miseria,
dice en tonico durce,
que amargo al alma llega,
ca ves que el olorcico de las tortas
en el casón se cuela :
— "¡ Qué olor más güeno, padre!
¡ Qué olor más güeno que echan !"

Y hace ca vez más frío ....
no pára de nevar allá en la sierra ....
De vidro son las juentes ....
de vidro son las ciecas ....
paraliza el helor los correntales ....
las aguas páece que se paran muertas ....
¡ en el cielo tó nieve ! ....
¡ guielo por tóicas partes en la tierra ! ....

V

— No pué ser — ice Juan — ; ya soy tan güeno
c'a gritos m'ice malo la concencia ....
Nuestros eran enantes
los montes con sus leñas,
y libres pa los probes
aquellos artos de pinás espesas ....
libres con sus lentiscos y chaparras,
lo mesmo los colläos que las chentas ....
y libres los barrancos con sus nebros ....
¡ libres con sus romeros las laëras ! ....

Y en estos días malos
en que al probe le niega
trebajo pa vivir quien tié caudales,
y el cielo su calor y el pan la tierra,
en estos días malos, otras veces
no era cosa e temblar, como hoy se tiembla,
que pa el hambre y el frío y esos pechos
que tién tanta dureza,
les queäba á los probes
el consuelo e la sierra
con sus manás de lobos,
con sus mantos de nieve, con sus peñas ! ....

No pué ser ; soy tan güeno
c'á gritos m'ice malo la concencia ;
esos montes son míos
con sus pinás espesas ....
¡ y mis hijos tién hambre
y, estroceäos por el frío, tiemblan !

....

VI

Probe Juan, que orvidaba en su esvarío
que, aunque páece mentira, aquí en la tierra,
las leyes que hace Dios son leyes malas,
y las que hacen los hombres, leyes güenas ....

En la plaza del pueblo está la cárcel;
Juan está drento de ella ....
y su mujer y sus hijicas lloran,
arrimás á la reja ....
Pa la misa de gallo va la gente,
la media noche llega,
hace ca ves más frío,
no para de nevar allá en la sierra,
alegres van los mozos en pandillas,
camino de la iglesia,
y al son de los guitarros y zambombas
y de las panderetas,
al pasar por encomedio de la plaza,
esta coplica suertan:

Los pastores y pastoras
todos van juntos por leña
para calentar al niño
que nació la Noche-buena.

Y por más que es alegre la coplica,
triste á la cárcel su sonico llega ....
y el probe Juan esesperão llora,
y lloran en la reja
su mujer y sus probes angelicos
que tién las manos en los hierros puestas ....
¡manos helás que son tamién de hierro,
d'agorrotás y tiesas!

VICENTE MEDINA

DICIEMBRE

DE UN ALBUM

En la sucesión de típicos alcores que vierten al rumoroso Aburrá está la casa campesina. Ahí cerca unas quintas de recreo; al frente otras, cuyas blancas paredes pinta el sol por las tardes de varios y diferentes matices, ora púrpura y rojo; luégo tenues, lívidos, violetas; más tarde, neutros y melancólicos como introducciones en la sombra. Pero las mañanas, ah las mañanas de Diciembre en el deleitoso valle que riega el Medellín! Los que vivís enamorados del incomparable Nápoles; los que ponderáis con delectación de Andalucía deliciosa, venid á contemplar las pintorescas mañanas de Diciembre bajo los ribereños boscajes de ese río. Un cielo azul de mucha luz y la naturaleza como oro de tanto sol; alegría, placidez, música en las aguas, embriaguez en las flores, un aire acariciador que enerva dulcemente con sus besos, el

hombre enamorado y ella rendida de pasión ante la naturaleza que sonríe. Corre el río, allá abajo, sinuoso y discreto como un corazón de mujer. La mañana avanza blanca y reluciente como un cristal luminoso que cubriera toda la naturaleza. Y viene el sol derramando una lluvia de oro. Cuánta invasión de oro y luz. Es que amanece segunda vez dentro del día como renace amor en el corazón y alegría en las almas. Los días de Diciembre traen al ánimo en ese lindo valle un espíritu nuevo, comparable á la sensación de aspirar el perfume sin segundo de la flor predilecta.

Viene Sofía derecha, firme y elegante, su hongo de pajas en la cabeza, sobre un corcel negro, que se encabrita nervioso y grácil, pero respetando á la dama como macho complaciente. Miradla en la silueta del collado como una visión circundada de cielo. Ahí vienen otras, son un escuadrón de amazonas que dominan con sus manos de quimera los brutos indóciles. Vedlas con sus ojos ardientes, las mejillas como rosas, el corazón inquieto y anhelante, alegres, picoteras, triunfadoras.

Otro día vienen las niñas á pie, bailando bajo las frondas de la alameda al són de guitarras y bandolas.

Aguinaldo, aguinaldo pedimos! Una bandada de muchachas, como pájaros que vuelan cantando, se esparce por la campiña pidiendo aguinaldos. Y empieza el juego pueril de los grandes con su charloteo interminable, las disputas espirituales, graciosas, picantes, de sentido amoroso, aromáticas como las flores, cadenciosas como la música del shotisse; luégo los sorteos de la suerte, los aplazamientos, las sorpresas, la carcajada franca y sonora al aire libre, la alegría de vivir. Una muchacha en pie, parada en su camino, al frente de su novio, sosteniendo esa pugna deliciosa de las palabras, cuando hablan los ojos, se atraen los labios, risueña, ingeniosa, halla en los aguinaldos la tercera de amor. Después los aplazamientos para la hora del crepúsculo cuando la luna trae los ensueños del himno universal.

Se puso en boga una canción de aguinaldos. Y su tonada, repetida á medias voces, bajo, bajito, al oído de la pareja, decía al corazón de las mujeres más que todas las canciones populares.

Nochebuena. Los campesinos en procesión luminosa por los alcores cercanos buscan el niño. Es noche de fiesta, de gozo grande, de mucha vida. Esa noche es aurora, es navidad. En casa de Sofía hay música, baile, alegría, alegría sin término...... La media noche es hora de expansión que prende en cada pecho una esperanza. Las parejas enamoradas buscan el niño á la luz de las estrellas. Rómpese el aire sereno con himnos de alabanza bajo la comba misteriosa de la noche. Se duplica la fiesta, crece la alegría, se desborda el corazón; hora íntima y sagrada, de confidencias deliciosas, hora de dicha la hora de navidad.

Sofía canta un himno deleitoso como sus labios, casto como su alma, ardiente y enamorado como su corazón.

Los campesinos han prorrumpido en gritos de alegría: vuelven en procesión gozosa con el hallazgo divino. Noche buena, noche deliciosa, noche sin rival!

Pero las mañanas, ah, las mañanas de Diciembre!......

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

MUDANZAS......!

A la grata memoria de Melitón Rodrígu--

Alegre está el barrio,
felices las almas!
El sol ha besado
las altas montañas,
y en lecho de flores
con todas sus galas,
esposa impaciente,
la tierra lo aguarda.

—

Alegre está el barrio,
felices las almas!
Los niños circulan
cual tropas aladas,
buscando anhelosos,
del viejo la casa;
del viejo querido
que á todos los llama
con voz cariñosa,
con tiernas palabras.

—

Por fin la han hallado!
Cual rauda bandada
de pájaros sueltos
invaden la sala.
¡ Sorpresa inaudita!
Sensación extraña!
Al lado del viejo
de cándida barba,
sonrisa de niño
y dulce mirada,
cargado de dijes
cual flores fantásticas,
que incitan la envidia
de aquella bandadá,
el *árbol del Niño*,
su copa levanta.

—

¡Cuál gozan los niños!
Qué fiesta y qué gala!
En torno del árbol
que colma sus ansias
y cerca del viejo
de cándida barba,
de dulce sonrisa,
de suave mirada,
que al punto reparte
del árbol de gracia,
á todos aquellos
chiquillos, que saltan,
y gritan y gozan,
y ríen y charlan,
el fruto variado
que humilla las ramas!

—

Les da, y ellos salen
corriendo á sus casas,
á dar á la madre,
—la viuda extenuada,—
ó al padre, baldado,
ó á mísera hermana,
la alegre noticia,
la nueva bien grata,
de haberlos *colgado*
aquella mañana,
el viejo querido
de dulce mirada,
de suave sonrisa
y tiernas palabras,
con un *caballito*
ó con una *flauta*,
con blanca *moneda*
ó brillante *espada*.

***

Qué triste está el barrio,
cuán tristes las almas!
El sol se ha ocultado;
la luna no tarda;
arropan las sombras
la tierra enlutada,
que llora en las fuentes
que gime en las auras.

—

Cien niños tiritan
en puertas extrañas

como aves implumes
que la lluvia empapa;
sus ojos se inundan
de gélidas lágrimas;
suspiros muy hondos
sus pechos levantan,
oyendo aquel ruido
de voces lejanas,
de niños felices
que cruzan las plazas,
con pitos, cometas,
caballos y espadas,
que el NIÑO les trajo
la noche pasada.

—

Muy triste está el barrio!
Los niños no cantan,
los niños no ríen,
la risa les falta!
Este año no hay árbol,
no hay árbol de gracia;
el viejo querido
de dulce mirada,
de suave sonrisa,
de tiernas palabras,
no existe en la tierra,
no vive en su casa,
su casa está sola
muy sola y callada!

—

Id, niños, al sitio
donde, solitaria
la tumba se encuentra
que en su seno guarda
los últimos restos
de aquel que os llamaba
con dulce sonrisa,
con tiernas palabras,
á daros el fruto
del árbol de gracia.
Llevadle coronas,
llevadle plegarias,
llevadle suspiros
del fondo del alma,
al viejo querido,
de dulce mirada,
de suave sonrisa,
de cándida barba.

—

¡Qué triste está el barrio
cuán tristes las almas!

B. TEJADA CORDOBA

Diciembre 24 de 1904.

LA NOCHEBUENA DEL MAESTRO

(IMPRESIÓN DE NAVIDAD)

I

¿Quién no recuerda en Madrid la historia del calavera Pepe Alcántara? No cumplidos aún los diez años de su boda con Magdalena Santurbi—¡aquella boda que tánto dió qué celebrar á revisteros y señoras!—ya se había jugado su fortuna y la de su pobre mujer. Ella por salvarle de la vergüenza y del presidio, fué desmembrando el capital hasta que, por concesión forzosa ó por sorpresa fraudulenta, vino á perderlo todo, viendo la miseria cernerse sobre las cabecitas rubias de sus cinco niños.

Un día, sin duda aquel en que se consumó la ruina, en las habitaciones del matrimonio, cerradas por dentro, oyéronse fuertes voces, gritos ahogados, comprimidos sollozos; los niños amedrentados refugiáronse en la cocina; los criados aturdidos no sabían si callar, por

respeto, ó acudir por humanidad en amparo de su señora; alguno de ellos declaró después haber oído golpes duros, ruido de muebles derribados como en persecución ó en fuga entre dos personas que luchan; pero ninguno osó forzar la consigna ni acercarse á la puerta. Al fin salió el marido, pálido, descompuesto, pero disimulando la ruda turbación y con el puro entre los dientes; salió, sin duda, para no volver en muchos días, según costumbre. Cada una de aquellas crueles batallas significaba nueva adquisición de fondos para el juego y nueva ausencia del jugador. Esta vez el caudal quedaba agotado; la lucha por aquellas heces de fortuna fué la más dura, la postrera.

Aquella noche, sin que nadie lo advirtiese, Magdalena se encerró en su alcoba con una estufa abarrotada de carbón.... Al día siguiente, notada primero su ausencia, después el silencio sepulcral de la cerrada alcoba, descerrajóse la puerta; y envuelto en la densa atmósfera mortal se halló su cadáver crispado en los crueles espasmos de la asfixia.

¿Cómo llegó hasta el suicidio la mujer más sinceramente religiosa de Madrid? ¿Por qué negras estepas de desesperación se arrastró aquel alma antes de caer en el horrendo crimen, dejando en tánto desamparo á sus cinco niños?.... ¡Tragedia tenebrosa! Nadie, ni aún los más timoratos osaron culparla. Para que cristiana tan perfecta llegase á matarse hubo de perder antes la razón. Y....¡se comprende! Aquella madre tiernísima, aquella esposa tan santa, tuvo una flaqueza....¡estaba enamorada de su marido!

II

Al crimen y á la ruina sucedieron, fatal, mecánicamente, el escándalo, la acción judicial, la almoneda desastrosa y la intervención profana de extraños desamorados ó de parientes egoístas. En cuanto á la parte jurídica.... al decoro mismo de la familia, á la propia memoria veneranda de la muerta, convenía callar, *echar tierra*, tapar la bocas al escándalo, sofocar el crimen, ahogar la tragedia entre blanduras algodonáceas. Porque, al cabo.... ¿contra quién se procedía? ¿Castiga, por dicha, la ley á los asesinos morales? Alcántara estuvo sublime de aplomo y disimulación.—¡Nada! ¡Pura desgracia! ¡Imprevisiones de las señoras! ¡La pobre Magdalena sentía tánto el frío! ¡Yo estaba fuera!.... ¡un negocio urgente!... Y...., ¡allí no pasó nada!

Lo perentorio era poner remedio al desastre financiero. Alcántara saldría inmediatamente para América; tenía allí arrimos, abrigaba esperanzas de hacerse pronto una fortuna.... ¡Todo por sus hijos, por sus pobres hijos!

Entre tanto era forzoso que alguien se encargase de ellos. Pero.... ¿quién sería aquel *alguien?* Los abuelos no existían; para tíos ó primos, más ó menos remotos.... ¡era mucha carga aquella! Y no valía decir que sería *provisional* el prohijamiento; sabían todos que Alcántara, con viaje ó sin él, no serviría jamás para nada á sus hijos.

—Si fuesen huérfanos del todo....sería preferible; entonces nadie se negaría á recogerlos.... ¡pero con ese padre! ¡Cargar uno con tal peso y con tales responsabilidades para que el muy canalla viva en los garitos!.... ¡Vamos, hombre, sería el colmo de las *primadas!*

Así discurrían los parientes que, como grandísimo esfuerzo, lograron plaza á la mayorcita, á la única niña, en un colegio de huérfanas.

Entre tanto Alcántara había desaparecido de la escena y quedaban los cuatro varoncitos sin asilo ni colocación posible. Al fin, á uno de los tíos, ocurrióselo lo más lógico: endosárselos á D. José, el maestro de primeras letras de los niños, un pobre viejo que vivía de sus lecciones y apenas si tenía para sostener la precaria vida y cubrir el escuálido cuerpo. La proposición fué aprobada por unanimidad....

—¡Justo, D. José! ¡Quién mejor! El es *un alma de Dios*, les quiere, los enseñará.... ¡Le damos algo y *Pax Christi!* Llamóse á la *víctima*; y, entre elogios y cumplimientos extremadísimos, se le hicieron brillantes ofertas—¡jamás cumplidas!—y sin más preámbulos se le cargó con las criaturas

III

Don José—nunca supe su apellido—era un sér atávico; aunque vestía—con capitales variantes—al uso actual, era el dómine de antaño, enjuto y apergaminado de carnes, rasurado de cara, tímido de genio, blandísimo de entrañas, regañón por fórmula; pulcro, atento hasta la impertinencia; urbano y cultiparlante hasta la asfixia; adorador de Torío é Iturzaeta, de Hermosilla y de Raimundo Miguel; entendido en gramática, mediano latino y pretenso retórico, de cuya ciencia gustábale lucir con énfasis el tecnicismo enrevesado.

La retórica, la urbanidad y los chalecos—dignos de competir con los del gran Mariano Fernández—eran los tres mayores flacos de aquel flaquísimo y santo varón de ojos tiernos, mechones blancos, camisas lacias y chalecos de colores gayos y ¡ay! nunca limpios ni nuevos.

En el destartalado guardillón de la Calle de *Mesón de Paredes*, donde el célebre D. José vivía solo, "todo estaba limpio, amañado, *acopladito*—eran sus palabras—antes de la *irrupción de los bárbaros angelicales*; pero...... ¡después! ¡Aquello era un *aduar*, un rancho de bohemios, señores! Aquí planto una cama, allá otra, allí la cuna del muñeco, acá una percha, delante un lavabo, restos de la opulencia de mis pupilos...... Y luégo, todos son pingos en medio, botitas rotas, braguillas rasgadas, lloros de hambre, babas en las manos del *Preceptor;* insubordinación y desaseo de la *puericia* y...... ¡adiós la *áurea mediocritas*—así llamaba á la pobreza ordenada—en que yo vivía!

Nada, á la vez tan cómico y tierno, como ver al pobre dómine, cuando tras la deslabazada sopa de ajo que ahora sustituía al guisadillo semi-substancioso que antes le servía de cena, consagrábase á dormir al pequeño cantándole trozos de *zarzuelas cultas*—*Marina*, *El Sargento Federico*, *El dominó azul*...... ó á distraer á los mayorcitos contándoles cuentos y patrañas, mientras con las gafas en la punta de la nariz, pegaba botones ó tapaba—á su modo—agujeros y rajas en la mal traída ropita de los huérfanos.

Los enfados de D. José aún eran más cómicos:—Vamos á ver ¿quién me manda á mí esto? *¡cielos ingratos!* ¿Los traje yo al mundo? ¿Soy su abuelo...... su pariente siquiera?...... *¡Vanitas, vanitatum!* Mientras los deudos ricos los abandonan...... ¡aquí está el *vir bonus*,

el *paupérrimo pedagogo* que cargue con ellos! ¡Y lo que rompen, lo que destrozan, *hados adversos!*...... ¡Y el culto hombre de la ciencia ha de ocuparse en viles menesteres mujeriegos!...... *¡O tempora! o mores!* ¡Y se habla de progreso, de regeneración!......¡ Anatema!

IV

Cuando llegó la Pascua y el redoblar jubiloso de los tambores infantiles atronaba los barrios bajos, el Madrid goyesco, tradicional, castizo, el pobre D. José, más agobiado por el peso de aquel Diciembre que por el de los otros setenta que llevaba á cuestas, sentía como nunca el frío, el desamparo, la inclemencia de la cruda estación inhospitalaria que hiela la desnudez, exacerba el hambre, desespera á la miseria. Sentía como nunca la flaqueza de sus viejas piernas, el desfallecimiento de su estómago famélico, la delgadez de sus ropillas raídas; atacábanle vahídos y trasudores congojosos y sus vidriosos ojuelos tiernos llenábanse de lágrimas ardientes; era que padecía las consecuencias del largo ayuno forzado; y que sobre hallarse descaecido, exhausto, como jamás lo estuvo, sentía frío y hambre *en cinco cuerpos*, porque al pobre dómine le dolía materialmente en las carnes, penetrándole hasta en la médula, el frío de sus cuatro niños y le corroía el estómago el hambre de aquellos abandonados. Acongojábale, además, el desamparo, la ausencia de todo consuelo que padecían sus huérfanos, y llegó á poseerle un mal sentimiento, la pena del ajeno bien; el *vir bonus*, el grave *hombre de la ciencia* sentía envidia, baja y rabiosa envidia, de cada golfillo coloradote que pasaba engullendo un tarugo de pan y aporreando un tosco tambor.

—¡ Ni eso, ni eso, lograrán los infelices, los hijos de aquella santa; ellos que la Navidad pasada tenían aún madre, casa, calor, mimos!....

Y el cuitado lloraba tragándose las lágrimas, para que no se viese en tan grave sujeto flaqueza tamaña.

El día de Nochebuena el pobre maestro, recomendando mucho juicio á sus pupilos, salió resuelto á traerles algo con qué alegrar la noche solemne. Aún le debían por el barrio algunas lecciones dadas á hijos de gentes pobres, es verdad, pero generosas: además conocía él á algunas buenas mujeres carniceras y sastras *de lo basto*, que guardaban sano afecto y respeto casi reverente al sabio maestro de sus chiquillos; la gente llana es dadivosa hasta la esplendidez si se le hiere la cuerda sensible, y ¡cuando supieran la *familia* que él tenía consigo!...

Revolviendo esperanzas animadoras con señas y memorias de antiguas conocidas en los barrios chulescos, salió el buen dómine dejándose á los pequeños muy entretenidos en *iluminar* con lápices de colores un pliego de aleluyas.

Nelín, el mayor, era el maestro en aquella *labor delicada*; ¡disponía de dos lápices! rojo y azul, colores que prodigaba desconsideradamente hasta en los árboles; Polo y Pepito no contaban, respectivamente, sino con un lápiz, amarillo el del primero, verde el del segundo, y los empleaban con el más chistoso desacierto; y *Riquín* (Enriquín), el pequeño, gozábase en arrugar entre sus manos torpes y gordezuelas, plagadas de sabañones, las obras artísticas de sus hermanos. Así, entre ca-

chetes, risas, lloro y algazara, acabó pronto la tarea de los iluminadores y el embadurnado pliego voló en mil añicos y rebujos por todo el ámbito de la guardilla dominesca. ¡Qué hacer ahora! Allí no había niños con quienes jugar, ni gatos, ni perros, ni pájaros con que entretenerse, ni juguetes, ni sitio en que correr, ni aun ventanas por donde ver la calle ó el cielo—dos tragaluces junto al techo por toda abertura;—y, sin embargo, de vez en cuando, oíase el redoblar de los tambores callejeros.

—¡Los tambores, los tambores!—gritó Polo—¿queréis que bajemos?

—¿Para qué?—observó Nelín, el reflexivo—¡nosotros no tenemos ninguno!

—Pó *mámonos á Santa Cruz*—insinuó Pepito—¡ hay pastores, *cabitas*, nacimientos!

—¿Y el dinero? ¡ bobo! ¿quién lo tiene?—advirtió el mayor.

—¡ Mamá *pompaba* duse, muchas tosas!......—pujó Pepito, haciendo pucheros.

—¡ Mamá!...... ¡ mamá!—suspiró el grande.

—¿Por qué no mene?—preguntó con ignorancia divina Riquín.

—¿Vamos á verla?—propuso con súbito arranque el mayor, que se había puesto triste.

—¡Vamos, vamos!—gritaron todos, y Riquín batía palmas, casi sin comprender por qué se alegraba.

—Yo se dónde está; un día me llevó D. José: allá en San Isidro, cerca de un ángel negro que tiene las alas muy abiertas.

Mientras hablaba, Nelín vestía á sus hermanos los gabanes y les alcanzaba las gorrillas marineras.

V

Cuando llegaron los niños al cementerio, reinaban en él quietud y soledad absolutas: caía la tarde y una bruma azulada esfumaba primero los contornos de los términos remotos, después los de los más cercanos...... Nelín encontró pronto la sepultura, una nueva, cubierta con losa blanca, último dón que la familia consagró á Magdalena.

Siguiendo las letras con los tiernos deditos, leyeron los niños aquel nombre. Nelín, con voz temblorosa, rezó un Padrenuestro que los demás contestaron á coro...... Una tristeza inmensa se desprendía de aquel abrazo mudo del crepúsculo con la muerte......

El pequeño, más asido aún á la vida de la naturaleza, tradujo con divina inconsciencia el sentir de todos, pegó los labios de húmeda rosa al mármol frío de la lápida, besó con hambre de caricias—¡ también de ellas viven los niños!—y con voz desconsolada gritó:

—¡ Mamá, mamá!...... *¿por qué no menes?*

Y prorrumpió en llanto desgarrador.

El grave Nelín, el despierto Pepito y Polo el audaz, rompieron también á llorar con todas las fuerzas de su sér; lloraba en ellos el hambre, el frío, el abandono, el ansia defraudada de pan, de trajes, de juguetes, de alegrías, de calor humano, de besos maternales......

Por el horizonte, donde el cielo toca á la tierra, una faja amoratada se extendía desliéndose en una zona de ténues vapores luminosos.

Con la espuerta á rastras, la azada al hombro y el pitillo pegado al labio inferior, pasó junto á los niños un sepulturero, cantando, con desgarro que en aquel lugar sonaba á blasfemia y acaso era también miedo como el de los niños:

"La tarántula é un bicho muy malo......"

Al oir el llanto de las criaturas el sepulturero se detuvo, y enterado del largo camino que tenían qué hacer hasta la buhardilla del maestro, rascóse la cabeza y barbotó rudamente:

—¡Troncho, qué tropa! ¿Quién vus dejó venir solos y á esta hora? ¡Rayo! ¡Pus sus acompaño, centella! Y á ti te llevo en coche—dijo al chiquitín.—Y le acomodó en la espuerta llevándoselo á rastras con unas cuerdas de descolgar ataúdes, mientras los otros le seguían entre agradecidos y asustados. ¡Ay, si la muerta hubiera abierto los ojos!

Pero...... ¡bajo la losa helada los huesos de la suicida habían sentido, sin duda, el calor del beso del pequeñuelo, el llanto de los cuatro, el aleteo de aquellas almitas de su alma!......

A la misma hora y en célebre garito de la villa, donde era noche desde temprano, Pepe Alcántara jugaba y ganaba.

*
* *

Entretanto, por las calles de Madrid, sonaba alegre estrépito de panderetas y tambores, gritos de niños, guitarreo, *manubrios*, pregones bullicionsos. En las casas de los felices hervía la codiciada cena suculenta, la más saboreada, apetecida y festejada del año, la que junta en fiesta de cariño á la familia, la que estrecha las amistades y consagra los amores.

También D. José volvía contento á su desván; llevaba para sus niños una empanada y no pocas golosinas, regalo de los generosos clientes; además, con los mezquinos recursos allegados hizo unas compras en Santa Cruz: dos tambores, una pandereta, una zambomba y un puñado de figurillas de barro, unos *Reyes Magos* y varios pastores que por *lisiados* le dieron más baratos. ¡Una fiesta para sus huerfanitos!

Con aquel tesoro entre las manos volvía el maestro, dichoso á su desván; aleteo de querubines halagaba sus oídos; resplandores de gloria encendían sus ojuelos turbios por la vejez; músicas del cielo sonaban en su alma...... Allí en aquellos papeles grasientos, en aquellos toscos muñecos de barro, llevaba un pedazo de gloria tangible: ¡alegría para sus niños!..

¡Quizás para el pobre dómine andrajoso, para el ignorante maestruco de hongo mugriento y pantalones desflecados, era el goce más excelso de la santa noche de Diciembre; quizás para él cantaban con voces más altas y puras los ángeles que adoraban al recién nacido del establo!

¡En el corazón del vejete estaba el Niño Redentor más radiante que en el alma de los poderosos y en los retablos de las catedrales espléndidas; allí posaba el Dios Amor, el Dios Caridad, que salvó al mundo y que, por los mismos caminos de misericordia, le salvará otra vez de las tormentas sociales!

BLANCA DE LOS RIOS DE LAMPEREZ.

LAS BANDOLAS

Por el monte, resuenan de las bandolas
Ruidosos melodeos y retintines,
Con el rumbo de notas como de acero
Bien templadas, agudas, sonoras, firmes.

En tropeles
De rocines
Y asnos viejos,
A la luna por el monte, se distinguen
Las siluetas de unos cuantos estudiantes
Escapados de las jaulas. En el aire fresco expiden
Un concierto de botellas que entrechocan, en el canto
Con que asustan á las simples
Leñadoras,
Con que atruenan la montaña, se perciben
Las locuras de la noche de aquel vértigo
En que vieron un desfile
De ojos negros,
Pardos, grises,
Bocas rojas, pies ligeros y cinturas que cimbraban
Tentadoras y flexibles.

Y á través del campo verde, de los bosques de naranjos
Y palmares, donde miden
Sus canciones las cigarras,
Recatadas en los mimbres,
En la gira, las bandolas
Ríen, ríen,
Al rasgueo bullicioso
De los tiples.

¡Cómo en la noche claman de las bandolas
Galanes melodeos y retintines,
Con el rumbo de notas, como de abejas
Penetrantes, ligeras, dulces, sensibles!

Es de noche: va pasando con los vientos un perfurme
Acre, fuerte, indefinible,
Tras la huella de las almas
Que se buscan en las sombras: al oído va á decirles
La leyenda de los castos azahares, á ponerles
Sobre el labio las ternuras....y despiden
Como anhelos contenidos los cordajes
De los dulces bandolines.

En el huerto los turpiales se estremecen: y á la alcoba
De la virgen
Que al oír la serenata, sobre el lecho incorporándose
Piensa, piensa con temores en los brazos que se ciñen
Como sierpes á las trémulas cinturas, la bandola

Lanza rosas, rosas de oro que le dicen
El reclamo de un mancebo que la aguarda
Cerca al bosque, bajo el palio de las vides.

Por la sala, circulan de las bandolas
Extraños melodeos y retintines,
Con el rumbo de notas, cual de culebras
Fascinantes, inquietas, raudas, febriles....

Ya finaron las bandolas sus alegres explosiones:
Y se alejan en desfile,
Al radiar de la alborada
De unos tintes
Desmayados,
Apacibles,
Las parejas con escote, marchitadas por el baile,
Olorosas á violetas....y despiden
Como llantos contenidos los cordajes
De los tiernos bandolines.

En la sala del ruidoso carnaval en un extremo
Se quedó la joven triste,
Pensativa en su butaca,
Y las máscaras risibles
Hacen muecas y á lo lejos
Como enanos en las sombras, de la calle al fin se extinguen.

¡Cómo en la fiesta vibran de las bandolas
Alegres melodeos y retintines,
Con el rumbo de notas como de plata
Sonorosas, delgadas, finas, sutiles!

A distancia sobre un flanco de la loma
Está el pueblo: se distinguen
Muchedumbres por sus calles, farolillos de colores
Que en la blanca Nochebuena su gozosa luz emiten.

A lo largo de la cuesta, bajo el cielo
De matices
Inviolados,
Amorosos de Diciembre, por la ruta que divide
Como cinta el enramaje verde oscuro de los cedros
Corpulentos y los dindes,
Con las indias ojinegras,
Frescas, pálidas, que visten
Esa noche de jarana,
De entusiasmo indefinible,
La enaguas más vistosas, los collares más fantásticos,
A bailar los aguinaldos en su pueblo, se dirige
La comparsa de los indios, punteando
Las bandolas, al rasgueo de los tiples.

FRANCISCO VALENCIA

PRIMER MONEDERO FALSO

EN COLOMBIA

Siendo Presidente del Nuevo Reino el Dr. D. José Díez Aux de Armendaris, quien llegó á Santafé el 29 de Agosto de 1578, marcáronse los tejos de oro sin detenerse en la ley del oro, porque sólo se atendía á la marca y al tamaño.

Así estaba establecida la circulación monetaria, en que muchos hacían gran negocio, cambiando oro por oro sin marcar, cuando aguzándose más el ingenio, un comerciante de la Calle Real, llamado Juan Díaz, procuró hacerse á un marcador por mano de un negro del ensayador Gaspar Núñez, y de un muchacho de los que ayudaban á marcar la moneda. Conseguido el marcador, no dejó Juan Díaz olleta, ni almirez, ni cosa de cobre que no fundiese y ligase con oro para hacer moneda marcada, é hizo tánta, que inundó el comercio, hasta que uno de los amonedadores encontró con una de estas monedas que había llevado un niño de su casa, y como las hallara tan falsas que nada tenían de oro sino la apariencia, dió cuenta al Presidente, quien encargó al Alcalde ordinario, Diego Hidalgo de Montemayor, hiciese pesquisa del monedero falso.

Salió al día siguiente el Alcalde con su compañero Luis Cardoso y con escribano á la Calle Real, y cuando ya estuvieron abiertas todas las tiendas, fueron el uno por una acera y el otro por la otra recogiendo las blancas y cerrando las tiendas. Hecho esto, empezaron á abrirlas de una en una y á registrarles los cajones para reconocer las monedas que hubiera—hasta que llegados á la tienda de Juan Díaz—hallaron muchísima moneda falsa, y registrando más, no sólo encontraron multitud de candeleros y almireces fundidos y por fundir, sino también en una trastienda, la forja y demás útiles de amonedación.

Con esto se le encausó, y confesado el delito, *se le condenó á ser quemado vivo;* sentencia que le conmutó el Presidente en 200 azotes y galeras perpetuas; por haberse interesado por él D.ª Inés de Castrejón, su hija, quien como estuvieran en vísperas de Navidad, entró cerca del Presidente pidiéndole aguinaldos, y como el padre la quería mucho, díjole que pidiese lo que quisiera, que todo se lo concedería, y entonces eta piadosa señora, muy al revés de aquella desenvuelta hija de Herodías, pidió no se le quitase la vida á Juan Díaz, y lo alcanzó. Este acontecimiento dió lugar á que se recogiese la mala moneda, y que haciendo otra marca, se fijase la ley de 13 quilates en la moneda corriente."

(Groot—*Historia de la Nueva Granada,* Tomo I, Capítulo 8.º)

DICIEMBRE

En el álbum de la rubiecita

LETICIA VELASQUEZ

Vaga por los oteros y los collados
el hada de Diciembre; tras los perfiles

de la verde montaña, surgen, alados,
los sueños de los cármenes infantiles;

Todos los personajes semipueriles
que viajan en silencio sobre los prados
del ensueño, sonando sus tamboriles
fugaces...., tan fugaces como adorados....

Ellos son de la infancia mudos heraldos,
portadores de dichas y de aguinaldos,
de músicas que adora el alma inocente;

Son los tres reyes magos y peregrinos,
que vienen á galope por los caminos,
cargados con riquezas del viejo Oriente....

1904. ABEL MARIN

EL RAYO DE LUNA

(TRADUCIDO PARA "LECTURA AMENA")

Lo que voy á contaros pasó hace mucho tiempo.

Bosina era novia de Joel, el más sagaz de los pastores del valle y el más tonto de los enamorados. Las extravagancias y caprichos de la muchacha eran incontables. Como se le antojase conseguir cualquier nonada—una cinta, una medalla—hacía que Joel fuese á buscarla en Arcachón; y él, sin reparar en si hacía frío ó calor, se iba remando recio en su ligera barca, ansioso por complacer á su Bosina. Otras veces era una ardilla lo que ella deseaba, y entonces Joel cruzaba los bosques días y días por conseguir una viva, pues lo que era matarlas, mal haya la gracia que ello hubiera tenido!

No obstante, Bosina retardaba la boda día por día, y en las barbas mismas de su novio soltaba una carcajada cada vez que él la urgía para que cumpliese su promesa. A pesar de esto, ella le amaba quizá; pero la juventud es amiga de reír y no se da cuenta de ello.

A medida que el tiempo corría, se mostraba la chica más caprichosa y se volvía el mozo más tonto, hasta el punto de que su afán por tenerla contenta le había hecho el hazmerreír de todo el mundo, y ya empezaban á llamarle en la comarca el inocente.

Por último, una noche le salió la muy bribona con esta embajada:

—Oye, si quieres que nos casemos, ve á traerme aquel hermoso rayo de luna que allá lejos está danzando sobre las olas.

Os advierto que aquella noche era—como esta en que estamos—noche de Navidad, y que la luna brillaba como una enorme moneda de plata fina.

La marea estaba bajando, y para llegar á las aguas sobre las cuales danzaba el rayo de luna, era preciso ir lejos, muy lejos, y andar sobre la playa todavía mojada.

—Pues bien!, dijo Joel, tendrás tu rayo de luna, ó no volverás á verme.

Dicho esto, calzóse el pastor los más grandes zuecos de madera que pudo encontrar, y tanto apretó las cuerdas con que es costumbre atarlos al pie, que ellas le entraron en las carnes y le hicieron salir sangre.

Al principio anduvo aprisa, como si fuese por un camino real, pues para un hábil pescador hecho á coger anguilas con arpón, no era empresa difícil correr, ya fuese de día ó ya de noche, por aquellos andurriales. Pero á medida que avanzaba, el légamo era más y más blando, y por mucho cuidado que Joel pusiese, no podía evitar el hundirse un poco en ocasiones. Demonio! la cosa era grave: si llegaba á caer ó si se le zafaban los zuecos, podía darse por perdido! En casos tales, mientras más lucha uno por salir, más se hunde: está como cogido por el limo, que se lo va tragando lentamente, cual si con millares de frías manecitas le atrajese hacia el fondo. Ay! y qué horrible muerte será aquélla!

Joel, pues, tomaba mil precauciones; pero el lodo era tan blando en algunos puntos que parecía agua, y aquel rayo de luna bailaba cada vez sobre una ola más distante, como si quisiera burlarse de su perseguidor.

—No importa!—se iba diciendo el enamorado; quiero tanto á mi Bosinita, que por darla gusto encontraré modo de llegar al rayo de luna, aprisionarlo y llevárselo.

Y al pobre tonto no se le ocurría quejarse de su novia, ni siquiera considerarla un poco exigente!

Bosina se reía al principio, y cada vez que Joel, al resbalar, abría los brazos, la muchacha saltaba de gusto; pero al fin empezó á sentir miedo y ya le iba pareciendo que el rayo de luna estaba demasiado lejos. De buena gana le hubiera gritado á su novio que retrocediese; mas por acá las mujeres son tenaces como ellas solas, y si las domina un capricho no ceden por nada del mundo.

El pobre Joel padecía tanto, que no obstante lo frío de la noche el sudor le corría á goterones, y su situación le hacía exclamar interiormente:

—Jesús mío! si vos y vuestra Santa Madre no me ayudáis, nunca podré llevarle á Bosina el rayo de luna que me pide, y ni siquiera la volveré á ver jamás!

De pronto oyó una débil vocecita que llamaba:

—Socorro! Estoy solito, siento frío, tengo miedo!

Y Joel vió cerca de sí, á sus pies, un niñito que le tendía los brazos y lloraba de modo que partía corazones.

—Pero, chiquito, ¿cómo has venido á dar aquí y cómo no te hundes en este lodazal?

—Probablemente peso muy poco. El cómo estoy aquí, no te importa. Tómame contigo, llévame á tierra; tengo hambre y frío!

—Espérame un poco, niñito. Voy allá abajo, á buscar aquel rayo de luna para llevárselo á mi novia, y á la vuelta te tomaré y te llevaré en hombros.

—Nó! ahora mismo! Tengo frío, tengo hambre! Llévame á tierra, y luégo volverás por tu rayo de luna.

Tanto lloraba el chiquitín y tan triste era su situación, que Joel, aunque soltando un gran suspiro al pensar que tendría que recorrer otra vez aquel camino, se inclinó, le tomó en brazos y le estrechó bien contra su pecho para darle calor.

Imaginaos qué tan cómodo sería para el pobre mozo andar por aquel légamo blanduzco, cargado con ese niño que le estorbaba para moverse y cuyo peso era tal que no se comprendía cómo el lodo de la playa no se lo había tragado hacía tiempo.

Joel suspiraba, padecía é iba pensando que pronto le sería preciso partir de nuevo, tan fatigado y sin aliento como estaba. Si á lo menos pudiese llegar á tierra; pero quizás el gran peso de ese niño le iba á hundir dentro de poco!

Sin embargo, ni por un momento se le ocurrió la idea de abandonar á la inocente criatura y salvarse solo. Lo único que le mortificaba era el no poder llevar á Bosina el anhelado rayo de luna, y tener que verla desengañada y triste.

En fin, á fuerza de bregar se acercó á la orilla; fué sintiendo el lodo más duro á cada paso, y por último distinguió á Bosina, que en la playa le aguardaba.

—Ay!, decía, ¡qué disgusto va á sentir mi Bosinita! Pero, eso sí, en llegando me vuelvo á toda prisa á traerle su rayo!

Y el muy tonto estuvo á punto de llorar.

Ya le tenemos pisando arena, muy cerca de su novia.

—¡Qué molesta va á ponerse cuando vea en mis brazos un chiquillo en vez de un rayo de luna!

Al decir esto, miró Joel al niño, que no se movía, que se había vuelto leve como una pluma y que parecía irse desvaneciendo.

—El niño? ah, sí! ¿qué se hizo el niño?

Joel abre los brazos, y se halla con que el inocente ha desaparecido; pero el pobre enamorado tiene las manos llenas de hermosos rayos blancos, más claros y más suaves que aquellos que allá abajo danzaban sobre las olas......

M. BREEN.

DE TODO

"LECTURA AMENA".—Avisamos á nuestros abonados que esta Revista no aparecerá hasta el 15 de Enero próximo. Fué nuestra intención terminar las tareas del año con la entrega que dedicámos al gran poeta José A. Silva; pero entusiastas como somos por la fiesta de *Navidades*, dedicamos el presente número á honrar esta fecha, dejando así cumplidos nuestros deseos. *Lectura Amena* se complace en desear á todos sus favorecedores, y en especial á los que en ella han colaborado, un feliz año nuevo.

GENIO Y FIGURA.... Segundo Concurso de Teatro.

Cansados y cuasi arrepentidos, dimos fin á las tareas de nuestro primer Concurso de Teatro. Las dificultades que esta clase de asuntos

presentan son muy grandes; pero la experiencia las simplificará un poco en lo futuro: yá hemos abierto el surco, y la cosecha vendrá en pos de este grano que á él lanzamos:

Abre, pues, LA MISCELÁNEA su SEGUNDO CONCURSO DE TEATRO, con las siguientes condiciones:

1.ª Un drama ó comedia de costumbres del País, ó basado en algún episodio histórico colombiano.

2ª En prosa ó en verso.

3ª De uno, dos ó tres actos. A voluntad del escritor.

4ª Absoluta moralidad, de modo que pueda ser representado en presencia de señoras.

5ª El manuscrito vendrá bajo cubierta lacrada y con la siguiente inscripción: "*Segundo Concurso de* LA MISCELÁNEA. Contiene el drama titulado: (aquí el nombre del drama ó comedia).

Entre otra cubierta separada y también lacrada, pondrá el autor su firma ó una tarjeta con su nombre. Esa cubierta llevará la siguiente inscripción: *Segundo concurso de* LA MISCELÁNEA. *Contiene la firma del autor* del drama titulado: (aquí el nombre del drama ó comedia).

Ambas cubiertas se enviarán al Director de esta Revista.

6ª El plazo para enviar los manuscritos expirará el último día del mes de Febrero de 1905.

7ª Los nombres de los Jurados se darán á conocer oportunamente.

8ª LA MISCELÁNEA ofrece una medalla de oro al autor de la obra que, á juicio del Jurado, la merezca. Esa medalla llevará la siguiente inscripción: LA MISCELÁNEA al autor de....) SEGUNDO CONCURSO.

Habrá una medalla de plata para el autor de la pieza que siga en mérito á la primera.

Si ambas fueren en un solo acto, ó una de ellas en dos, se representarán en el Teatro, y en una sola noche. Allí se entregarán las medallas.

9ª La primera representación se hará por cuenta de la Empresa teatral que la lleve á la escena y del Director de LA MISCELÁNEA.

La segunda representación será á beneficio del autor ó autores premiados;

10. Si al abrir la cubierta de la obra se encuentra un seudónimo, quedará fuera de Concurso aunque haya ganado el primer premio.

Sólo se abrirán las cubiertas que correspondan á las obras premiadas. Las demás se devolverán cerradas y con los dramas á quien las solicite.

Se agradecería á los colegas del País, que reprodujeran este suelto.

(De *La Miscelánea*).

LEY 51 DE 1898 (15 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

(*Continuación.*)

La contravención á lo dispuesto en este artículo hará incurrir al responsable en una multa de diez á cincuenta pesos, que impondrá cada uno de los funcionarios nombrado á quien se omitiere el envío.

El empleado que reciba las publicaciones acusará recibo al remitente y las conservará cuidadosamente.

(*Continuará.*)

CONDICIONES

Lectura Amena verá la luz pública el 15 y el 30 de cada mes.

Suscripción á la serie de 5 números.......... $ 35
Número suelto.......................... 8

Se publican avisos á razón de $ 98 la página, y $ 2 la línea de *long-primer*.

Los Agentes tendrán derecho al diez por ciento de las suscripciones que coloquen y paguen.

No se devuelven sino los originales que rechace la Junta de Censura, y se hará con la nota respectiva.

Todo pago debe hacerse anticipadamente.

Administración: Imprenta de *El Espectador*, Calle Real de Guayaquil, número 16.
